

nosotros. Veo ahora á la Francia con mas apariencia de razon usar el mismo lenguaje que nosotros usáramos en 1815; y es digno de notarse como una extrañeza, que nadie, excepto yo, haya recordado á la nacion cual era entonces la conducta de nuestro gobierno. Los pasajes que he citado son una respuesta eterna á los ministros y sus partidarios cuando quieren poner en duda el derecho de intervencion para obligar á un país á que modifique su constitucion conforme á la voluntad de las potencias limitrofes que son mas fuertes.

«Diré una palabra mas antes de dejar la declaracion de 1815. El gran grito en Inglaterra, es igualmente contra los *déspotas combinados*. En 1815, por el contrario, esta combinacion de los *déspotas* era un motivo de elogio, y el obrar de acuerdo con semejante combinacion, se miraba como feliz y hasta glorioso. Esta combinacion de que ahora se habla con tanta amargura (y con tanta razon), era aplaudida como formada por la Inglaterra y proyectada por Pitt! Lord Castlereagh dice hablando del congreso de Viena: «Que era una gran satisfaccion para ellos, que reverenciaban la politica de este gran hombre de Estado, el haber vivido bastante para haber visto reducido á práctica lo que su elevado talento habia concebido en teoria, como el complemento de todos sus deseos.» Vemos por consiguiente, que el gobierno inglés es el inventor de la Santa Alianza. En 1815 se celebraba mucho esta Alianza; pero ahora que esta apoya á la Francia en un proyecto que debe perjudicar á la Inglaterra, en vez de sostener á la Inglaterra en un proyecto perjudicial á la Francia, las mismas personas que entonces la elogiaban, la llaman ahora una combinacion de *déspotas*.

«Probablemente os habrá sorprendido, caballero, el ver que los señores de la oposicion hayan sido tan afectos á los ministros, que nunca se les haya ocurrido decir que vuestra guerra contra España es por lo menos tan justa como la que hicieron en 1793 y 1815, que hasta les hayan elogiado por su humanidad y espíritu independiente, al mismo tiempo que han vomitado tantas injurias contra vos y vuestros aliados. Pero, caballero, uno de nuestros miembros del parlamento ha escrito últimamente un folleto en que hace notar que hay en Inglaterra ruedas en las ruedas. Nos llamais una nacion de tenderos, pero sabéis que somos tambien grandes *manufactureros* y famosos por nuestras máquinas. Os causará sorpresa ver el número de ruedas que tenemos en nuestras máquinas y la extraña manera con que trabajan; pues son puestas en movimiento ó detenidas por una potencia completamente invisible á los ojos del vulgo. En vuestra cámara de los diputados, ¡qué cólera, qué indignacion, qué indignacion real! ¡Ah, señor Chateaubriand, si pasáseis un invierno aquí con nosotros, no os costaria trabajo hallar razones para muchas cosas que os parecen en extremo singulares y completamente inexplicables!

«No queda, pues, ni siquiera una sombra de duda acerca de la verdad de esta proposicion; que segun los principios proclamados por el gobierno inglés, y segun la práctica de este gobierno, el rey de Francia está perfectamente justificado de su invasion de España. Escuchadme: digo que el principio es monstruoso y la práctica abominable; pero aun cuando todo el resto del género humano tuviese el derecho de llamar con este motivo contra la Francia, este derecho no pertenece al gobierno inglés y á sus partidarios. Si yo hubiese sido miembro del parlamento, la mayor parte de lo que escribo lo hubiera dicho en presencia de los ministros el mismo dia de la apertura del parlamento. Profundamente convencido como lo estoy, de los verdaderos motivos de la conducta de Francia, y sabiendo perfectamente que esta nacion recurre á un pretexto sancionado por los principios y la práctica del gobierno inglés; viendo con toda

claridad la verdadera causa de la guerra que va á emprender y en la cual hay grandes razones para creer que saldrá victoriosa; hubiera tenido una ocasion oportuna para recordar á la cámara nuestra conducta en 1815; le hubiera demostrado que con los mismos pretextos á cuya sombra se ocupa la Francia de invadir la España, invadió la Inglaterra la Francia, colocó en el trono á esos mismos Borbones que ahora nos inspiran tanto temor, prodigó los tesoros de la Inglaterra á esos mismos aliados que ahora apoyan á la Francia, se alabó al mismo tiempo de la conquista de la Francia, y observó respecto de la Francia y del pueblo francés esa conducta que cincuenta siglos no haran olvidar ni perdonar á este pueblo. ¡Hubiera yo podido ver á nuestros ministros en sus puestos en la cámara sin referir á su conducta anterior, todas las causas, no solo de nuestra guerra contra España, sino las razones de la imposibilidad en que estamos de oponernos á esta guerra, á no ser que produzcamos en nuestra patria peligros acaso mayores que los que inevitablemente resultarían para nosotros de vuestros triunfos en esta guerra? ¡Hubiera yo podido dejar escapar esta ocasion, sin demostrar que la enorme deuda que paraliza nuestra accion procede precisamente de que hemos obrado con arreglo al mismo principio que condenamos en vos, y sin demostrar con la misma claridad que las ruinosas consecuencias de nuestra intervencion en los asuntos de Francia, nos privan en la actualidad de los medios de impedir nuestra intervencion en los asuntos interiores de España? He hablado bastante acerca de la parte de vuestro discurso relativa al derecho de intervencion. La utilidad de esta intervencion es una cuestion diferente, y la habeis tratado como un hombre que no teme decir paladinamente la verdad. Decís y lo decís con razon, que es útil á los intereses de la Francia el colocar la España bajo la influencia francesa. Esto es tan evidente, que todo el mundo debe verlo. Es muy cierto que si la España tuviese la libertad de contraer alianzas, sin atender á los deseos de la casa de Borbon, la posicion de la Francia seria peor que en otro tiempo. Esto es un argumento muy bueno para justificarnos de hacer la guerra, como lo es para que nosotros el unirnos á los españoles; pero esto no da razon alguna á nuestros oradores y nuestros oradores corrompidos para injuriaros y hablar del agua que habeis traído del Jordan. Sois nuestro enemigo, pero nosotros lo somos vuestros; esto es harto sabido en todo el mundo y ninguno de nuestros partidos políticos lo ignora. El veros acometer una empresa que os promete tantas ventajas, es una razon poderosa para que procuremos impedir sus buenos resultados, pero de ningun modo lo es para que vomitemos injurias contra vos y vuestros aliados. Segun parece, se ha creído aquí que los discursos llenos de invectivas, los clamores de bolsa y los párrafos injuriosos de los periódicos, os causarían bastante temor para impedirnos proseguir vuestro proyecto. Yo he dicho á estos promovedores de ruido que vos no haciais caso sino del ruido del cañon, y que en cuanto á los gritos, el rey de Francia habia oído bastantes en su vida para no tenerles miedo.

«Otra parte de vuestro discurso confirma tambien lo que he dicho á esta nacion hace muchos meses; esto es, que una guerra por parte de la Francia, encaminada á perjudicar ó humillar la Inglaterra, seria indudablemente popular en Francia. Yo traia á la memoria los tratados de 1814 y especialmente los de 1815. He preguntado á los ingleses cuáles hubieran sido sus sentimientos respecto de la Francia, si esta nacion hubiese obrado en 1815, respecto de la Inglaterra, como esta obró entonces respecto de ella. Les recordé el lenguaje de la prensa inglesa en aquella época, y reprodujé ahora algunos pasajes de los dos periódicos que ejercian á la sazón mas influencia, el *Correo* y el *Times*. Hé aquí un trozo del *Correo*

del 28 de julio de 1815: «Un nuevo ejército puede ser fiel al rey de Francia y el rey puede tener disposiciones pacíficas; pero suponiendo que no las tuviese, suponiendo que su sucesor tampoco las tuviese, suponiendo que se viera obligado á seguir el impulso guerrero de la nacion, la verdadera, la sabia y la sana política es reducir el poder de la Francia, porque este es el único modo de impedirle que turbe la paz de Europa. Deberíamos insistir en la entrega, ó por lo menos en la destruccion de todas las fortalezas situadas al Norte de la Francia. Debiéramos hacerle devolver todas las conquistas de Luis XIV. ¿Por qué no dar la Lorena al Austria y la Alsacia á la Prusia? Finalmente, no se debería dejarle ni un solo cuadro, ni una sola estatua.» Esto se escribió despues que los aliados, despues que la Inglaterra, la aliada de Luis XVIII, hubo ocupado militarmente á París, y ya sabemos que este consejo fue seguido casi literalmente. Así, pues, veis que la hostilidad del escritor de un periódico ministerial muy difundido, no se estrellaba contra Bonaparte, no contra una forma cualquiera de gobierno, sino contra la Francia, contra el pueblo francés, contra su dicha y su seguridad. Era demasiado que este pueblo conservase en cuadros y en estatuas los trofeos de su valor, y fueran arrebatados por los aliados del rey de Francia, por los que habian firmado la declaracion de Viena. Nosotros éramos sus aliados en la guerra, entramos en Francia como sus aliados, y hallándonos en París como sus aliados, obramos con muy poca diferencia de la manera recomendada por el *Correo*. El *Times* aconseja ademas la muerte de Bonaparte, y en el siguiente mes de septiembre justifica la matanza de los protestantes en Nimes. Tal era el lenguaje de la prensa inglesa; tales eran sus miramientos hacia el pueblo francés. Si tuviéseis tiempo para leer discursos, yo os remitiria algunos en que se elogiaba á Blucher por haber sido el primero que robó estatuas y cuadros; os enviaria discursos que ensalzaban hasta las nubes todo acto dirigido á oprimir ó á humillar la nacion francesa; yo os hallaria veinte discursos en que se llama haber conquistado la Francia, el hecho de haber entrado en ella como aliado del rey de Francia; os hallaria ciento en que se ensalza esta gloriosa conquista, aunque la guerra habia empezado por una declaracion de los ministros ingleses, de que se trataba de una lucha en que de un lado estaba toda Europa, y de otro la mitad de la Francia.

«Todavía no se ha cesado de molestar nuestros oídos con esta gloriosa conquista. Debe erigirse una columna de Waterloo, en honor de esa victoria de toda la Europa contra la mitad de la Francia. Tenemos un puente que lleva el nombre de Waterloo, mientras se levanta la columna; tenemos en uno de los paseos de Londres una gran estatua desnuda, de bronce, y dedicada por las señoras de Inglaterra, á los héroes de Waterloo, donde, lo repito, toda la Europa combinada triunfó de la mitad de la Francia. ¡Y debemos creer que los franceses no abrigan los mismos sentimientos que nosotros? Si se hubiese colocado en medio de París una gran estatua desnuda, en la que se leyese una inscripcion insolente; si tuviéseis puentes y columnas para celebrar vuestros triunfos contra nosotros, si nos hubiéseis robado tan solo un monton de toneles de cerveza, ó algunas antiguas estatuas de Gog y Magog; si en fin, nos hubiéseis tratado como nosotros os tratamos en 1815, y esto, sobre todo, despues de haber entrado en nuestro territorio como nuestros aliados y de haber declarado de antemano que la mejor mitad de nosotros estaba de acuerdo con vosotros; si nos hubiéseis despojado de los trofeos que con razon nos envanecíamos, no hubiera habido una gota de sangre inglesa que no hubiera ardid en deseos de vergarse de la Francia. ¡Cuán estúpido, pues, deben ser, cuán poco deben conocer el carácter francés ó el

corazon humano, los que ignoran que todos los pequeños intereses de partido desaparecieran ante el odio nacional excitado por los tratados de 1815!

«Si yo hubiese sido primer ministro en Inglaterra, hace mucho tiempo que hubiera tomado precauciones para desvirtuar el efecto de esta indignacion general de la Francia contra nosotros. Hubiera calculado que la nacion francesa obligaria al fin á su gobierno, si este no estaba dispuesto á hacerlo, á descargar algun buen golpe sobre la Inglaterra. Yo hubiera esperado este golpe y no os hubiérais atrevido ahora á hablar de invadir la España, á pesar de vuestros recursos, á pesar de vuestro deseo de venganza y á pesar de vuestros aliados; jamás hubiérais puesto un cordon sanitario en la frontera de España, porque yo hubiera descubierto que la fiebre amarilla no puede ser bloqueada por una masa de hombres con cinturones y provistos de cartuchos, y en todo caso, si era preciso optar entre la fiebre ó el cordon sanitario, yo os hubiera obligado á recibir la fiebre, porque en el momento mismo en que pusisteis vuestro cordon en la frontera de España, hubiera atacado vuestro comercio, vuestras colonias y vuestros puertos. Sin embargo, me es imposible vituperaros, y mucho menos puedo ser bastante bajo para dirigiros injurias personales. Vuestro discurso es el de un hombre de buena sociedad, el de un hombre instruido, el de un hombre de Estado, y como vos mismos decís, el de un buen francés. Así como yo me permito usar la frase un buen inglés, seria tan necio como injusto si llevase á mal que usárais la expresion equivalente.

«No soy yo el llamado á discutir la cuestion relativa al derecho de intervencion, puesto que hace mucho tiempo está resuelta por todos los hombres honrados y de buen sentido. Tampoco me pertenece el juzgar del resultado de la guerra que vais á emprender: en realidad, no tengo bastantes datos para formular este juicio. Pero lo que sé es que si no sois expulsados de España con deshonor, volvereis vuestros triunfos contra esos ingleses que han agotado nuestros tesoros y nos han puesto en el estado en que estamos, á consecuencia de las guerras emprendidas para volver á sentar los Borbones en el trono de la Francia. No quiero decir con esto que los Borbones deban el mas pequeño agradecimiento á estos hombre ni á la Inglaterra, puesto que es evidente que aquellos creian que, restableciendo los Borbones, harian la Francia débil por muchos siglos, esto era lo que se llamaban cortar las alas á la Francia, lo cual era evidente á todo el mundo. Pero es cierto, sin embargo, que nosotros nos hemos atado una piedra al cuello por la guerra emprendida para restablecer á los Borbones. Habia hombres, y que hasta se llamaban hombres de Estado, que pensaban que, una vez restablecidos los Borbones, la Francia seria tan miserablemente débil, que podríamos entregarnos á un tranquilo sueño durante muchos siglos, levantándonos únicamente de tiempo en tiempo para hablar con importancia de la conquista de la nacion francesa. Yo advertí á estos hombres del peligro de abrigan semejantes esperanzas, y les aconsejé que se preparasen sin pérdida de tiempo para la guerra. Les recordé la fertilidad del suelo de la Francia, sus numerosos recursos, y sobre todo el efecto de la nueva industria que resulta del nuevo orden de cosas. Les dije todo esto en los mismos momentos en que se arrebatában de París los cuadros y las estatuas; les predije los rápidos progresos que la Francia haria hácia la felicidad y el poder, y les rogué nos evitasen esos centenares de millones que nos habia costado el vano deseo de cortar las alas á la Francia; pero todas mis reflexiones, todos mis ruegos y súplicas fueron inútiles. Los ministros perseveraron en su conducta, y ahora con la frase honor nacional, siempre en los labios, se mantienen tranquilos y cruzados de brazos, mientras esa Francia que creian haber mutilado por

muchos siglos, está á punto de hacerse dueña de un país cuya independencia debe ser tan preciosa como la misma independencia de Inglaterra.—Como medida de conveniencia, como medida política, vuestra guerra contra la España, ó por mejor decir, contra la revolución española, ó en otras palabras, contra la libertad española, es una medida de sabia y verdaderamente profunda política. Vais á tomar posesion del país, vais á hacerlo vuestro, sino de nombre, á lo menos de hecho. Nada es mas verdadero que vuestra observacion de que sino cambiáis el gobierno de España, sino lo enlazáis á la Francia, como en otro tiempo, habreis perdido vuestra antigua fuerza.

«Vuestras razones para subyugar la Francia son mas fuertes de lo que serian las nuestras para subyugar la Irlanda, si la Irlanda no formase ya una parte de este reino. Hay un brazo de mar entre la Inglaterra y la Irlanda; pero nada separa la Francia de la España. Si la Escocia fuese un reino separado, ¿cuán necesario sería que la Inglaterra la incorporase á su territorio! Nosotros recordamos las muchas veces que la Inglaterra ha sido invadida por los escoceses; pues bien: un ministro francés que mira un mapa de España, y vea la facilidad infinita con que puede desembarcar en este reino un ejército extranjero, que con los españoles coopere contra la Francia; un ministro francés, repito, sería indigno de su puesto, si viendo este peligro, no aprovechase la menor ocasion de atraérselo. Vos, caballero, veis este peligro, lo señaláis con franqueza, y os manifestais resuelto á ponerle fin, si podeis. Nuestro negocio es impedirlo que realiceis vuestro propósito; este es el imperioso deber de nuestros ministros, pero si desprecian este deber, ó no son capaces de llenarlo, esto en manera alguna da á sus partidarios el derecho de decirlos injurias. Yo, como inglés, os doy gracias por haber confesado francamente vuestro objeto. Vos decís de una manera explicita que la Francia ha sido invadida por la frontera de España. El mundo entero sabe que un ejército inglés ha marchado desde España á Paris, despues de haber atravesado un país que nunca habia visto anteriormente un ejército enemigo. Pues bien, caballero, el mero recuerdo de este hecho es bastante para estimular á toda la Francia á la guerra, y es mas que bastante para estimular á toda la Inglaterra para salirle al encuentro en esta guerra. ¿Cómo nosotros, bajo cuyas alas han sido organizadas las primeras cortes; nosotros, que hemos gastado 150.000.000 de libras esterlinas para expulsar á los franceses de España; nosotros que hemos implícitamente prometido nuestra proteccion al pueblo español, dejaremos enmohecerse nuestras armas, y limitaremos nuestros esfuerzos á estrepitosos é importantes discursos, y algunos artículos de periódico? No es de vuestra incumbencia el responder á esta pregunta; esta cuestion debe debatirse entre el gobierno y el pueblo inglés. Y no obstante, es una pregunta que exige una pronta contestacion. Si la respuesta es afirmativa, podremos en tal caso decir á este pueblo inglés, en otro tiempo tan altivo y valiente. «He aqui las consecuencias de tu intervencion en los negocios de las naciones extranjeras, de haber intentado obligar á las demás naciones á someterse á gobiernos elegidos por tí, y de haber contraído una deuda de centenares de millones para llevar á cabo este objeto.

«Diré, para concluir, caballero, que os ruego esteis seguro de que no hago otra cosa que expresar la opinion de todos los hombres honrados y sensatos de este país, cuando digo que desprecio altamente á todos aquellos que, ya en las cámaras, ya en las calles, ya en sus discursos, ya en artículos de periódico, han recurrido á injurias contra vos y contra el gobierno francés. Nada parecido á esto se encuentra en los discursos de sus oradores ni en los artículos de vuestra prensa política.

Soy, caballero vuestro muy humilde y muy obediente servidor,

COBBET.»

Tal es la carta del publicista popular; un nervio que renace de sí mismo, una razon nunca alterada por la pasion política, una ironía tanto mas punzante cuanto que está mitigada por la urbanidad, todas estas cualidades brillan en esta pequeña obra maestra de Cobbet, superior á las cartas de Junio, aunque de un estilo menos puro.

Si me creyese obligado á hacer la apología de la empresa de España, me bastaría presentar esta carta del radical cuyo carácter, talentos y principios han perseguido los Estados-Unidos y la Inglaterra. Cobbet, violento revolucionario, no se inclinaba hácia mí por sentimiento alguno, pues detestaba á los nobles y á los realistas, á cuyo partido se me juzgaba afiliado; habia comprometido á Luis XVIII á que los alejara de su consejo como ineptos y opresores; y no obstante, este hombre fue el único que en aquella época se encargó de defenderme, me hizo justicia y juzgó sensatamente, así de la guerra de España, como de mi idea de devolver á mi patria la fuerza de que se la habia despojado. Afortunadamente no comprendió toda la estension de mi plan; no adivinó mi proyecto de romper ó hacer modificar los tratados de Viena, y de extablecer monarquías borbónicas en América; si hubiese levantado todo el velo, hubiera puesto la Francia en peligro, porque los gobiernos europeos estaban ya alarmados.

XLIX.

Trabajos diplomáticos.

He concluido ya de recordar estos debates, por constituir una parte integrante, y sin embargo, separada de la guerra de España; despues de esta historia hablada, voy á continuar, ó por mejor decir, á empezar la historia escrita de esta guerra. Para esto, no tengo que hacer sino publicar mi correspondencia privada con Londres, San Petersburgo, Viena, Berlin y Madrid. La animacion, la actualidad, la espontaneidad, cualidades vivas de las correspondencias directas, desaparecerian en el estilo indirecto del narrador. Si como la mayor parte de los secretarios de Estado, hubiese encargado la redaccion de los despachos á mis gefes de seccion, contentándome con anotar el margen, estos despachos no tendrían mas valor que el de unos documentos de fábrica hechos en la máquina de las oficinas; preferible sería sin duda en tal caso comprar estas banalidades, para extraer de ellas una historia. Pero pocos diplomáticos se han hallado en mi posicion, pues la casualidad habia colocado una vez en un elevado puesto á un hombre acostumbrado á escribir. Por esta razon, mi correspondencia presenta el sello de un carácter individual; mis cartas, hijas de mi cabeza, son tambien hijas de mi mano. El público, que ha visto mis obras literarias, va á ver ahora mis obras diplomáticas, mezcladas con las cartas que recibia de los reyes, de los ministros, de los generales y de los embajadores.

Antes de emprender esta lectura, recomiendo el recuerdo de mi objeto, que quiero volver á indicar: debe luego leerse con atencion la exposicion de los obstáculos de todo género que me rodeaban. Cuando tenga en la mano este hilo, podrá el lector recorrer sin extraviarse, el laberinto de las cartas; comprenderá el por qué escribo tal cosa á tal gabinete, en aparente contradiccion con lo que escribo á tal otro; y no necesitará, ó las necesitará poco, notas explicativas acerca de un hecho tocado con oscuridad de paso en estas cartas.

L.

Que es preciso distinguir las ideas revolucionarias del tiempo, de las ideas revolucionarias de los hombres.—Que la España es la forzosa aliada de la Francia.—¿Por qué?

Lejos de excusarme por la guerra de España, la considero como un honor para mí, ya lo sabeis y lo repito. Su resultado hubiera sido tan útil como fue glorioso, si me hubiera concedido el tiempo necesario para recoger la mies que habia sembrado.

Tratábase en primer lugar de salvar á los Borbones. Volved á leer las pruebas anteriormente aducidas y aun no refutadas acerca de la conspiracion de los Carbonari. Yo tenia por fortuna, la conviccion, contra la opinion general de que los obstáculos eran superables: mi excusa era mi confianza, y mi fe me absolvía y salvaba.

No es esto decir que me propongo presentar en definitiva á la monarquía de la trama de los siglos; el universo cambia, los principios nuevos destruyen gradualmente los antiguos, y la democracia propende á reemplazar la aristocracia y la monarquía. Es preciso abstenerse de incurrir en el error de tomar estas ideas revolucionarias del tiempo por las ideas revolucionarias de los hombres, lo esencial es distinguir la lenta conspiracion de los siglos, de la atropellada conspiracion de los intereses y sistemas. Si no se separan estas dos cosas, se correría el peligro de perseguir al género humano, en lugar de perseguir á una faccion. Esto es lo que he comprendido y me he esforzado por conseguir, por detener ese movimiento facticio que precipitando la sociedad con demasiada prisa en el sentido de su pendiente, la impediría recobrar su nivel, cuando el mundo se transformase en república ó en monarquía republicana. Cuando se rompen violentamente las trabas, casi siempre se vuelve á ser cogido y encadenado, porque solo hay libertad duradera para aquellos cuyos grillos ha gastado el tiempo.

Proponíame, pues, en primer lugar poner el trono apenas restablecido al abrigo de esa propaganda de clubs y ventas que nos llegaba por el peor de los conductos, la demagogia militar, la constitucion de los mamelucos españoles; y pretendia en segundo lugar, dar soldados á la Francia y atraerle de nuevo su natural aliada.

La España se habia hecho inglesa, porque en virtud de las instituciones que se habia dado y de la influencia que la Gran Bretaña habia adquirido durante la guerra de la Independencia, era evidente para mí que nuestros enemigos triunfarian de nosotros en el consejo de Madrid, que de cambio en cambio, se llegaría, ya por medio de la corrupcion legislativa, ya por los vicios ó la debilidad del príncipe á alguna innovacion desastrosa en el orden de sucesion al trono.

De aquí surgia uno ú otro de estos peligros: ó la Francia volvía á caer en los desórdenes del jacobinismo, bajo la inspiracion de los jacobinos españoles, ó la corona católica pasaba por matrimonio á alguna familia extranjera: cosas ambas á las que un ministro del rey de Francia debia oponerse á todo trance. En el establecimiento de la ley sálica en Madrid, no se trataba de la herencia de los Borbones, sino de la salvacion de la Francia. ¿Creeis que el tiempo de esta ley ha pasado? Entonces, ¡acabad! Conviértanse inmediatamente en repúblicas la Francia y la España, ó preparaos á conquistar la España y agregarla á la Francia. Si no llegais hasta aquí, nuestros nietos os maldeciran sobre un suelo exhausto, atormentado y destrozado.

En estos momentos se ocupan algunos de una política diaria, sin prevision y sin máximas; no obs-

tante, el acontecimiento cuya consumacion se ha sufrido porque su efecto no era instantáneo, delata al desarrollarse, las ínfimas políticas que no han sabido descubrir el mal en su origen. La España en su estado de dominio enajenado, tiene una salida sobre nuestro territorio; ¿no desembocó por esta salida en 1814 el ejército del duque de Wellington? Desde el cardenal de Richelieu hasta el duque de Choiseul, los hombres de Estado de nuestro gabinete nunca han perdido de vista la union obligada de la península hispánica á este saelo de la Francia, por medio del cual comunica con Europa.

Sin remontarnos á los tiempos de la reina Brunequilla, de Cario-Magno y de la madre de San Luis, ¿no tenemos el tratado del rey Juan y de Pedro, rey de Castilla en 1331, con motivo del casamiento de Blanca de Borbon; el tratado de Carlos V y de Enrique II, el Magnífico rey de Castilla en 1368; la renovacion de la misma alianza en 1380; el tratado de Carlos VI y de Juan, rey de Castilla en 1387, contra la Inglaterra, fue renovado en 1408; el tratado entre Luis XI y Juan II, rey de Aragon, lo fue en 1462; el tratado del mismo Luis XI y de Enrique, rey de Castilla y Leon, en 1469; y otro tratado con Fernando é Isabel, reyes de Castilla y Aragon, en 1478. Luis XII renovó este tratado en 1498; Germana de Fox, sobrina de Luis XII, fue prometida en matrimonio á Fernando, rey de España en 1505, lo que dió ocasion á un nuevo tratado de alianza.

El tratado del 13 de diciembre de 1640, con Luis XIII y el principado de Cataluña, las condiciones de Barcelona, del 19 de septiembre de 1641, nos dieron derechos sobre Cataluña. Celebróse posteriormente el tratado de los Pirineos del 7 de noviembre de 1659, y el contrato matrimonial de Luis XIV, tratados ambos que acompañaron y siguieron á la guerra de Sucesion, desde 1701 hasta 1713. Finalmente, el Pacto de familia en 1768, que en su artículo 18 declara: «Que los Estados respectivos deben ser mirados y obrar como si no formasen mas que una sola y misma potencia.»

Considerad todo el mal que la España nos ha hecho en tiempo de Francisco I. de Enrique II, de Carlos IX, de Enrique III, de Enrique IV y de Luis XIII, cuando ha estado separada de nosotros y cuando las hijas de Enrique III y de Felipe IV no habian aun subido al trono de Hugo Capeto.

La prueba tal vez mas concluyente de la necesidad para la Francia de poner completamente á cubierto su frontera de los Pirineos, fue el tratado firmado en el Haya el 11 de octubre de 1698; este tratado que no llegó á ponerse en práctica á causa de la muerte del príncipe de Baviera, decia: que el príncipe electoral de Baviera sería designado rey de España que el Delfin poseería los reinos de Nápoles y Sicilia, las plazas dependientes de la monarquía española en la costa de Toscana, la provincia de Guipúzcoa, Fuenterrabia, San Sebastian y el puerto de Pasages. Es extraño únicamente que en este proyecto de tratado no se hable de las colonias españolas, á no ser que se cediesen en secreto al rey de Inglaterra y á los Estados-Generales copartícipes; pero de todas maneras se ve el cuidado que tenia la Francia de cerrar la frontera haciéndose dar la provincia de Guipúzcoa, Fuenterrabia, San Sebastian y Pasages.

Si se objetase que todo ha cambiado y que los intereses no son ya los mismos, se incurria en error: es cierto que la autoridad de los antiguos tratados y de las antiguas políticas no siempre debe ser reconocida; pero debe serlo cuando todos estos tratados y todas estas políticas estan acordes en un punto; cuando las pequeñas y las grandes inteligencias han estado de acuerdo; lo cual forma un espíritu de razon nacido de un interés permanente é igual que ni el tiempo, ni las constituciones, ni los hombres pueden cam-